

ria original “segundo Carlos” por “quinto Philipo”, y uno de los manuscritos de la Biblioteca de Bartolomé March alarga considerablemente uno de sus pasajes para incluir los nombres de personalidades destacadas de Baeza. En relación con el auto, se repite una situación similar a la loa, pues se carece de un manuscrito autógrafa. Sin embargo, el análisis textual de los testimonios ha permitido establecer que los dos manuscritos parisenses (el de la Biblioteca del Arsenal y el de la Biblioteca Nacional) y uno de los manuscritos de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid son los más cercanos al arquetipo perdido. A partir de ellos, el estudioso realiza una edición ecléctica del texto del auto.

En resumen, *Los alimentos del hombre* es un auto sacramental que reafirma la maestría de Calderón en este género teatral, sobre todo en la imbricación de los distintos sentidos que construyen la alegoría eucarística, la cual es desentrañada por Zugasti gracias a su detallado y cuidadoso trabajo de edición que brinda un texto que, además de estar finamente fijado y anotado, reconstruye la unidad entre la loa y el auto mismo.

José Elías Gutiérrez Meza
Universidad de Navarra

Depetris, Carolina

La escritura de los viajes: del diario cartográfico a la literatura. Serie Viajeros, Colección Sextante. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. 107 pp. (ISBN 978-970-32-4938-1)

Carolina Depetris, estudiosa de la escritura de viajes y sus relaciones con la literatura, es argentina, doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid y actualmente investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su libro, publicado en 2007, trata de un período definidor para la literatura de viajes: el pasaje de una lectura científica del mundo, reflejada en diarios de expediciones, a una lectura literaria del viaje. Depetris entiende el viaje como una tríada que incluye también a la observación y a la escritura, actividades todas que cristalizan en la conformación de un determinado conocimiento. Este deseo de conocimiento “ha estado sujeto a una demanda de mimesis que siempre, aún desde la leyenda, ha tenido una fuerte pretensión de realidad, entendida esta como verdad” (7). Este estudio, que tiene como escenario la Pampa y la Patagonia argentinas entre 1745 y 1870, trata exactamente de este vínculo entre viajar, observar, escribir y conocer y la manera como se organiza un conocimiento geográfico representado por la escritura. El período

analizado por la autora coincide con la derrota de España en la Guerra de los Siete Años y el subsecuente cuestionamiento por parte de Francia e Inglaterra de los derechos coloniales de la corona ibérica, pasando a considerar algunos sectores del imperio como “*res nullius*, susceptible de exploración, invasión y explotación” (8). El objetivo de este trabajo, fijado en su introducción, es doble: definir una “gramática de la visión” a finales del siglo XVIII para, desde allí, demostrar cómo en el XIX “se abandona en la escritura de los viajes un imperativo de orden mimético por uno poético” (8).

El primer capítulo, “La construcción verbal de una geografía: diarios de expedición a la Pampa y Patagonia argentinas (1745-1826)”, indaga en lo que la autora denomina la “construcción verbal del espacio” a través de diarios de viaje y relatos de expedición. Los diarios participan en un “proceso cognitivo y representativo de observación y transmisión de lo observado”. Por medio de ellos se puede aprehender un determinado objeto, en este caso una geografía, “con el propósito de informar sobre él, de darle forma y conseguir que pueda ser conocido o reconocido” (13). Depetris demuestra cómo la episteme de los diarios de expedición “promueve el primado del objeto dentro de la relación cognitiva” (16), y la visión se constituye en índice privilegiado de

veracidad, de allí la importancia epistemológica de vocablos como *divisar*, *contemplar*, *ver*, *observar* que abundan en este tipo de testimonio. Tan estrecha es la relación entre viajar, observar y conocer que solo la visibilidad del entorno determina la marcha o la interrupción de la misma: vientos, lluvias, neblina y todo accidente que impida la visión imposibilita el viaje y, consecuentemente, el relato. En estos escritos no importa quien viaja, sino el escenario que se viaja, y es por esta razón que hay en ellos, según Depetris, una epistemología de la mirada que exige del sujeto cognoscente una condición de imparcialidad, “un *no estar* del mundo observado” (17) en el observador. Esta mirada “imparcial” de los diarios y de sus “expresiones icónicas como son los mapas” se adhieren estrechamente, *miméticamente* al objeto de conocimiento, aprehendido por un sujeto racional (18).

El diario produce también una fuerte ilusión de realidad y de fiabilidad por medio de una anotación rápida y sin *a priori* de lo que aparece y de lo que es visto. La “gramática de la mirada”, en la feliz expresión de Depetris, demanda tres condiciones: primero, “en el diario se anota lo que se ve en orden cronológico” (24) pero ello, dice la autora, no significa que exista sucesión en el tiempo, ya que todo lo observado se consigna en estricto presente de atestiguación. La

segunda condición para mantener la episteme de este discurso es que “la anotación de lo que se observa debe ser imparcial”: el “yo” enunciador se diluye en formas plurales e impersonales, dando la impresión de que no controla el discurso sino que es el entorno quien controla a quien lo observa. El enunciador se presenta solo como “un mediador de un proceso de mimesis que exige un máximo de información a través de un mínimo de informador” (25-26). La tercera condición supone que “la imparcialidad se sustenta en la retracción del sujeto en relación al objeto dentro de la relación cognitiva”. Un “sujeto enunciador vacío de enunciación” garantiza una “reconducción constante del discurso en dirección al referente”; el diario pretende “revocar la distancia entre la visión y la dicción”, reforzando la certeza aparente de que la información que se lee sobre una determinada geografía es idéntica a lo que fue visto, a su realidad extratextual (26). El diario, así, subordina la narración a la descripción para conseguir el éxito retórico ilusorio de unir la realidad al discurso (27). Los diarios de expedición a la Pampa y a la Patagonia realizan un trabajo monumental de construcción de “una realidad memorable”, fundando su conocimiento en una dinámica empirista de aprehensión de lo desconocido y creando una “topografía indubitable” (33).

El segundo capítulo se titula “Primeros índices literarios: el diario de Luis de la Cruz (1806)”. Aquí la autora nos habla de cómo España, presionada por la disputa colonial, procura limpiar la geografía americana de los vestigios fabulosos arraigados desde las primeras crónicas. Para ello los monarcas Borbones envían numerosas expediciones a la Patagonia. Cada uno de estos viajes tenía su correlato escrito para inaugurar así una cadena de comunicación precisa y fiable que iba del viajero al monarca y que permitía a este último tomar decisiones políticas acertadas respecto de esta parcela lejana del imperio. En todos estos escritos opera una fuerte ilusión de realidad que permite que el lector perciba lo leído no como algo pasado, sino presente y es, según la autora, en esta “calidad afirmativa del presente donde reside la condición cartográfica de todo diario científicamente eficaz, ya que este debe, en efecto, operar como un mapa: dar a conocer una geografía de forma clara y evidente a alguien que no la conoce directamente” (37). O dicho de otro modo, la ilusión referencial del diario cartográfico promueve, a través de descripciones, “la gestación de una evidencia” (41). No obstante, en este capítulo Depetris comienza a analizar cómo este programa de objetividad es complicado por la aparición, en un testimonio

de comienzos del XIX, de un narrador/personaje que une lo que se debía mantener separado: la “episteme imparcial se pierde cada vez más en el estado de ánimo del diarista” (45). Aquí el narrador comienza a funcionar como personaje y el personaje actúa como narrador llevando el relato hacia el peligroso campo de la *literariedad* (48) y complicando el programa inicial de objetividad.

El tercer capítulo del libro, “La escritura del viaje verosímil: confrontación entre Luis de la Cruz y la comisión consular de Buenos Aires”, trata de una expedición realizada en 1806 desde Concepción, en Chile, hasta Buenos Aires, viaje analizado ya en el capítulo anterior. La confrontación a que se refiere el título es entre el viajero Luis de la Cruz y una comisión consular radicada en Buenos Aires que estudia la información ofrecida por este para refutar la utilidad cognitiva de su testimonio. Se trata de una “disputa entre dos modos de comprender la representación, el saber y la verdad que este conocimiento descubre” (55). Para la comisión, un error o equívoco en su testimonio escrito o en el trazo de un mapa invalida toda la empresa cognitiva tornándose en “no-verdad” (55). Cruz, en contraparte, sostiene que el conocimiento no es “*evidentia*, sino disputa, es probabilidad y no certeza de acuerdo con un mecanismo dialéctico positivo que, a

través del diálogo y la confrontación, tiende a una verdad que él no duda en identificar con ‘la Omnipotencia [que] se esmeró en la perfección de su criatura’” (57). Para la comisión el conocimiento de la topografía patagónica debe ser científico “porque aspira a la construcción de constantes que posibiliten una descripción precisa de la geografía comprobable por medio de una observación técnico-analítica y capaz de aportar un saber predicativo y predictivo sobre una materia hasta entonces desconocida” (58). Al introducir lo opinable en el proceso de conocimiento, Cruz reformula la rutina gnoseológica de los diarios cartográficos, haciendo que la dirección lógica del conocimiento cambie el acento desde el objeto al sujeto: “el conocimiento pasa a ser una proyección consciente de la subjetividad en lo observado”. En el debate entre Cruz y la comisión consular está en juego “la potencia expresiva y sensible en la conformación de un saber” (61) o, como afirma Depetris más adelante, este debate demuestra que en Cruz opera “una inversión sustancial en el protocolo de escritura del diario cartográfico” (65) tiñendo lo subjetivo el testimonio objetivo y mudando la verdad epistémica en una verosimilitud discursiva.

En su último capítulo, “La literatura como viaje: *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Victorio Man-

silla (1870)", la profesora Depetris analiza cómo, hacia finales del siglo XIX, el diario de expedición se torna literatura (74). En *Una excursión a los indios ranqueles*, Mansilla, aunque legítima la validez de su testimonio en la misma funcionalidad cartográfica de los diarios de expedición del siglo anterior y en el valor inaugural de su viaje, "desaprende un orden de realidad establecido y, desde esta ignorancia, encuentra uno diferente muy lejano [...] de lo evidente" (76). La principal confrontación de Mansilla es con la tajante oposición entre civilización y barbarie que marca la relación de todo viajero por la Pampa y la Patagonia en esos años, ya que "revierte el orden del mundo con el cual había iniciado su marcha: 'Los enanos me dan la medida de los gigantes y los bárbaros la medida de la civilización'" (78). Para Depetris, el viaje de Mansilla es un viaje moderno, pues constituye "un desplazamiento por las geografías de los mundos a través de la geografía íntima del viajero" (79). Este relato mezcla referente real y referente imaginario, privilegia un orden de representación por sobre uno de presentación, "el testimonio verídico es susceptible de deslizarse hacia la fantasía" (93), y utiliza una mimesis ya no referencial sino poética que define un nuevo sentido de verdad (95).

Carolina Depetris termina así su trabajo con un relato de expedición

que subvierte aquello que ya comenzaba a ser desmontado a principios del siglo XIX por Luis de la Cruz: la objetividad construida por una mirada imparcial se quiebra en la composición de una topografía íntima y la estricta gramática ilustrada de la visión se tiñe de literatura, complicando el género. La profesora Depetris, en un trabajo corto pero de mucha densidad analítica, nos revela estos caminos tortuosos por los "sertões" argentinos que operan una subversión del proceso cognitivo del espacio y de la sociedad a través de la entrada decisiva y siempre problemática de la subjetividad del observador en lo observado y de la literatura en la realidad, mezclando esferas bien diferenciadas en la decodificación ilustrada y racional del mundo por medio del viaje. Cabe resaltar otra calidad de su escritura, la de haber demostrado esa entrada discursiva de la literatura en textos que no son viajes pintorescos o literarios, sino que en diarios de expedición, más o menos oficiales, donde un lector menos atento solo esperaría encontrar la información objetiva, neutra, descriptiva, sin las peligrosas trampas de la subjetividad o de la "mentirosa" mimesis.

Amilcar Torrão Filho
Pontificia Universidad Católica de
São Paulo